

SERMON

DE LA

INVENCION DE LA SANTA CRUZ.

*Judæi signa petunt, et Græci sapientiam
quærent: nos autem prædicamus Christum
crucifixum, Judæis quidem scandalum,
Gentibus autem stultitiam.*

Los judíos piden milagros y los griegos buscan sabiduría: mas nosotros predicamos á Jesucristo crucificado, que es escándalo para los judíos y locura para los gentiles.

I ad Cor. cap. I, v. 22 y 23.

Señores: Cristo triunfa, Cristo vence, Cristo reina y la gloria de su nombre lejos de oscurecerse por el trascurso de los tiempos, parece renovarse cada dia, pues se perpetúa sin que el tiempo que concluye con todo lo existente sea suficiente á eclipsarla. El tiempo he dicho: hé aquí el enemigo mas formidable de todas las cosas existentes. No busqueis aquellos primitivos imperios de la Asiria y de la Caldea, ni el imperio de Ciro, restaurado por Alejandro. El tiempo los arrastró tras sí haciéndoles desaparecer de la faz del mundo. El imperio romano,

que con propiedad podia llamarse el imperio del mundo, las repúblicas de la edad media con toda su preponderancia, todo ha sido destruido por el tiempo, que segun la bella espresion de un sábio, siempre es jóven y sin embargo todo lo envejece.

Pero este formidable enemigo de todas las cosas, ¿ha podido algo contra Jesucristo? Cerca de diez y nueve siglos cuenta de existencia su religion y su doctrina: mas de quince hace que su Cruz, esa Cruz salvadora ante la cual se agrupan los pueblos y naciones se ostenta magestuosa sobre el Capitolio, viendo pasar los imperios, destruirse las monarquías, sepultarse en el polvo las mas antiguas y respetables dinastías. Cambian las leyes por que se rigen los estados, múdase las formas de los gobiernos: caen en el olvido y aun son objeto de persecuciones los mismos que dias antes fueran ensalzados con vítores y exclamaciones, y la Cruz, signo del reinado de Jesucristo, adquiriendo triunfos y victorias: ante sus piés se estrellan todas las persecuciones, todos los esfuerzos de los hombres que desconociendo su impotencia tratan de destruirla.

En el reinado de Constantino, el imperio de la Cruz estaba contenido en los límites del territorio de aquel emperador, entre el Rhin, el Eufrates y el Atlas. Mas tarde aquel madero que representaba los triunfos de Jesucristo y los de la humanidad, se reprodujo de un modo admirable: dirigid vuestra vista de Oriente á Occidente, de Norte al Mediodia y en todas partes encontrareis la Cruz. Pasó el Rhin, hizo suya la Alemania, la Polonia, las Rusias, el reino Británico, y á través de los hielos de la Suecia, ha llevado su dominacion hasta las últimas

estremidades de la tierra: en España fué enarbolada por el hijo del trueno, destinado por disposición divina para evangelizar nuestros pueblos. A su vista se abrió el cabo de Buena Esperanza, y Colon tuvo la gloria de llevar la civilización con la Cruz á los países de la América, que dormían desconocidos el profundo sueño de la idolatría. Un día nuestra España fué presa del audaz sarraceno, pero ahuyentado mas tarde el islamismo, elevóse de nuevo la Cruz sobre las ruinas de la media luna.

Hoy la Iglesia que con tanto gozo celebra siempre las glorias de su divino esposo, canta las grandezas de su Cruz, y tiene por objeto al celebrar esta festividad recordar el gran beneficio que Dios dispensara al Cristianismo, haciendo que á los esfuerzos de Santa Elena, madre del emperador Constantino, fuese encontrado el mismo leño sacrosanto de Jesucristo ofreciera el sacrificio de su vida por la Redención de la humanidad.

Combata en buen hora Spanemio, Basnegio y otros muchos calvinistas la consoladora historia de la invención de la Santa Cruz: la tradición constante transmitida desde el año 326 y el asentimiento de la Iglesia, da á este hecho toda la autoridad suficiente para que nosotros le creamos y celebremos con el mayor júbilo de nuestros corazones.

¡Ojalá, M. A. O., que mis palabras fuesen tan eficaces y elocuentes que penetrasen hasta el fondo de vuestros corazones, inflamándolos en el amor de Jesucristo Crucificado! Que los judíos pidan milagros y los griegos busquen sabiduría: nosotros predicamos á Jesucristo erucificado que es escándalo para los judíos y locura para los gentiles: *Judæi signa petunt, et Græci*

sapientiam quærunt. Nos autem prædicamus Christum crucifixum: Judæi quidem scandalum, Gentibus autem stultitiam.

Estamos ya en el caso de presentar la proposición sobre la que ha de versar el presente discurso. Esplícando la historia de la invención de la Santa Cruz, pienso demostraros que este signo augusto de la Redención, si bien es motivo de escándalo para los libertinos, como lo fuera para los judíos, es objeto de consuelo y de esperanza para el verdadero cristiano. Tal es mi objeto.

Para proceder con el acierto debido, y que sea en todos fructuosa la divina palabra, imploremos los divinos auxilios por la mediación poderosa de la Santísima Virgen, á la cual saludaremos con el mayor afecto de nuestros corazones. *Ave María.*

PARTE ÚNICA.

La prudencia humana jamás podrá penetrar los altos designios de la providencia. El entendimiento del hombre no alcanza á leer en el libro del porvenir, y por mas que en su loco orgullo se engría creyéndose sábio para descubrir arcanos, ello es que no adelanta una sola línea del término que le ha sido impuesto. Que se hubiesen reunido á las orillas del Nilo los hombres que gozaran de mayor reputación en el mundo por sus vastos conocimientos: cuando hubiesen visto fluctuar sobre sus aguas una cestita de juncos ¡hubiesen llegado á persuadirse que dentro de aquella cestita, reposaba un niño, que habia de ser educado en el palacio mismo de Faraon, que habia de ser el libertador de su pueblo, y que estaba destinado

para recibir de manos de Dios las tablas de la ley? Ahora bien: cuando Jesucristo caminaba hácia el Gólgatha, hecho el ludribio y la mofa de un pueblo amotinado, llevando sobre sus hombros el pesado madero de la Cruz, instrumento de su suplicio, ¿cómo habia de pensar el deicida pueblo, que aquel madero habia de ser mas adelante objeto de la veneracion del mundo? ¿Cómo hubiera creído la altiva Roma, que habia de coronar el suntuoso capitolio, templo de sus leyes, y que habia de adornar como trofeo de gloria la diadema de los Emperadores? Hé aquí M. A. O., lo que sucedió, lo que no podia menos de suceder.

El Cristianismo suspiraba en su deseo de poseer la misma Cruz en cuyos brazos se habia verificado la Redencion del mundo: aquel árbol de salud cuyo fruto fué de vida eterna. A la gloriosa Santa Elena, estaba reservado tan feliz descubrimiento, á través de las grandes dificultades que necesariamente habia de encontrar. «Los gentiles en ódio á los cristianos, habian hecho cuanto les fuera posible por borrar hasta el nombre del Santo Sepulcro. Sobre haberle colmado de tierra y de piedras, tanto que se habia elevado considerablemente el terreno antiguo, habian edificado en él un templo á la diosa Venus, y en el mismo sitio donde estaba el sepulcro habian colocado la estatua de Júpiter (1).»

Constantino que al prepararse para presentar la batalla al tirano Magencio, habia implorado fervorosamente el auxilio y la proteccion del Dios de los cristianos, vió en medio del aire y á la mitad del dia una cruz resplandeciente, orlada de una inscripcion

(1) Croisset. Año Cristiano. Dia 3 de Mayo.

con caracteres de luz que decian de este modo: *In hoc signo vinces*: vencerás en virtud de esta señal. Así fué en efecto, pues que Magencio fué prontamente derrotado, no obstante constar su ejército de mas de ciento ochenta mil combatientes. Cuando Constantino entró victorioso en Roma, quiso eternizar la memoria del gran beneficio que habia obtenido en nombre de la Cruz de Jesucristo, y así mandó hacer una estatua suya en la misma Roma, con el signo de la Cruz en su mano y con una inscripcion que fuese un perpétuo testimonio de su fé y religiosidad.

Por órden de Constantino se dió principio en Jerusalem á grandes obras, para descubrir y embellecer el Sepulcro del Salvador. Hechóse por tierra el templo que sobre él habian levantado á Venus los gentiles, y se edificó uno suntuosísimo en honor del que descendiendo del cielo á la tierra, habia dado su sangre por rescate de la humanidad.

Santa Elena, madre del Emperador, y modelo de virtudes cristianas, quiso estar al frente de las obras, y la avanzada edad de ochenta años que contara no le sirvió de rémora para partir á Jerusalem: á fuerza de trabajos y venciendo cuantos obstáculos pudieron presentárseles, fueron descubiertas bajo una profunda escavacion tres cruces, y á un lado la inscripcion que Pilatos habia hecho poner sobre la de Jesucristo: *Jesus Nazareno, Rey de los Judios*. No hay duda que una de aquellas cruces era del Salvador ¿pero cómo averiguar cual fuese? Santa Elena consulta con Macario, obispo de Jerusalem, y resuelven aplicar sucesivamente las tres cruces á algun enfermo, en la persuasion de que Dios se dignaria demostrar con algun milagro cual era la verdadera

Cruz de Jesucristo. Así fué, aplicóse una de las cruces á una señora que estaba en la agonía y no espermentó efecto alguno: aplicóse la otra y dió el propio resultado; mas al aplicarle la tercera quedó repentinamente sana á presencia de una multitud de gentes. Era suficiente prueba, mas sin embargo se hizo otra. Tendieron sobre las tres cruces tres cadáveres, resucitando el que habia sido colocado sobre la misma cuyo contacto habia dado la salud á la señora agonizante. ¡Quién podrá explicar el júbilo de la Santa Emperatriz al considerarse poseedora de un tesoro de tanto valor! En su deseo de que fuese venerado el santo madero de la Redencion, ordenó fuese edificado un templo suntuoso en el mismo sitio donde habia sido encontrado, y en el que dejó la mitad engarzado en preciosísimas piedras, llevando la otra mitad á su hijo Constantino que la recibió con el mayor respeto y la mas profunda veneracion. El Señor ha permitido dar tal virtud al sagrado leño, por el contacto que tuvo con la divina persona del Redentor, que á pesar de haber separado de él fracciones para regalar á diferentes templos, siempre se ha reproducido maravillosamente (1). En las principales ciudades de todos los reinos católicos se conservan partes considerables de la Santa Cruz, donaciones hechas por los Sumos Pontífices.

Tal es, mis amadísimos hermanos, la historia de la invencion de la Santa Cruz, en cuyo recuerdo la Iglesia celebra la festividad de este dia.

Cuán justo es que acompañemos á esta buena y

(1) San Paulino en su Epístola XI á Severo, habla detenidamente de esta milagrosa reproduccion, atribuyéndole la misma causa que acabamos de señalar.

amorosa Madre en el regocijo con que celebra el hallazgo del árbol Santo de la Redencion. ¡Oh cruz Santa! ¡Cruz fuerte! Tu fruto fué de bendicion para la raza proscripta del padre prevaricador. Tu fuiste el término y la realizacion de las figuras del Testamento antiguo. Asi es, y San Agustin tan versado en el conocimiento de las Sagradas escrituras, tan colmado de sabiduría como lleno de erudicion, vé en el árbol de la vida, en el Arca de Noé, en la escala de Jacob, en el báculo de Aaron y en otras muchas figuras de la Escritura la representacion de la Cruz, en la cual un dia habia de espirar el Mesias libertador. ¿Quién al leer el Sagrado libro de los Salmos y en él aquellas palabras de David, *regnavit á ligno* no comprende que hacen referencia á la cruz de Jesucristo? Veamos ahora como la Cruz es motivo de consuelo y de esperanza para los verdaderos cristianos.

La vida del hombre, dice Job, es una milicia sobre la tierra: y es asi, puesto que siempre se ve obligado á sostener continuos combates: el mundo con el seductor aparato de sus grandezas y falsos bienes, el demonio que trabaja sin trégua ni descanso á fin de aprisionarnos bajo sus funestas redes, y nuestras mismas pasiones que se revelan contra nuestro espíritu, son tres poderosos enemigos que combaten contra nuestra felicidad eterna. A mas de esto mientras somos viadores, experimentamos contratiempos á cada paso. La escasez, la desgracia, la enfermedad, todo conspira á arrastrarnos á la desesperacion! ¿Y quién nos hace suaves las tribulaciones de la vida? ¿Dónde adquirimos la fortaleza necesaria para vencer en tanta multitud de batallas? Tan solamente en la Cruz de Jesucristo. Cuando sea llegado para cada uno